

ANTONIO MACHADO, POETA INTEMPORAL CINCO PRESUPUESTOS SOBRE LA TEORIA DE SU INTEMPORALIDAD

José Gerardo Manrique de Lara

1. Lo que nos sirve de Machado

Universalidad e intemporalidad suelen ser conceptos antitéticos en Poesía pero no en otros campos de creatividad literaria. Shakespeare, sin una específica originalidad, alcanza una proyección universal. Cervantes, su paralelo más inmediato, parte en el Quijote de una dualidad arquetípica que se convierte en mito y se universaliza al margen de su significación caracterológica. El mito es una forma irrevocable de intemporalidad.

La horma para la expresión creadora, en Antonio Machado, es la Poesía. Entiéndase ésta como ejercicio lúdico del conocimiento. Juegan en ella, como elementos funcionales, los valores de la espiritualidad y de la ética. Raramente surge en la intención del poeta la ponderación de la estética como *interludio* ambiental de la Razón y el Arte. La poesía de Antonio Machado es sobria y no se diluye en contemplaciones exógenas. Convence porque trasciende la realidad utilizándola como constante argumento. No apela a la metáfora. Observa una comedida atención al paisaje rural reparando escasamente en las obras de arte o en las figuraciones plásticas, ignorando el paisaje urbano y evitando la concretización de alusiones culturalistas. Tampoco se manifiesta como poeta sensual. Se contiene en la forma y profundiza en las ideas. Sus apreciaciones vienen impuestas por esa realidad histórica que él descubre y comparte con los grandes del noventa y ocho. El mal de España, arrastrado desde siglos, era la consecuencia funesta de la seudohistoria. La consigna denunciadora de la realidad histórica de España, de clara entidad noventayochista, emana de la Institución Libre de Enseñanza. La personalidad profunda, humilde y receptiva de Antonio Machado fue capaz de asumirla de una manera esencial. No ocurría lo mismo en el caso de su hermano Manuel, con su talante desenfadado, extravertido y un tanto narcisista, que entendió el patriotismo —fiel a la inspiración conceptual del XIX— como un símbolo indeformable y, por lo tanto, inasequible al nuevo rumbo histórico emprendido por una nueva sociedad de masas.

El *hombre* Antonio Machado o su heterónimo Mairena, por citar una muestra alternativa de su personalidad, se perfecciona en la interpretación subjetiva de la filosofía. Antonio Machado es un hombre puro que pretende obtener la plenitud

del conocimiento intelectual en su propia experiencia. Es lo contrario a un *erudito a la violeta*. Es una persona indiferenciada del común de las gentes, un ser de alma sencilla que, en su intimismo, se perfecciona para afirmar su conciencia. Lee, aprende, admira y deduce. Ejerce su personalidad, la diversifica en sus propios heterónimos. Se enfrenta desde su fuero interno con los que se muestran poco claros en la manera de exponer su discurso. Le exaspera la grandilocuencia y las osadías de los que vienen dispuestos a prostituirse para asombrar a los burgueses, a los snob —*sine nobilitas*— que proscibía Ortega. Antonio Machado no pretende una originalidad de concepto o de forma capaz de romper la armonía articulada, tanto en el espacio como en el tiempo, en que se produce el discurso de la tradición poética. La poesía es su género natural de creación aunque implique su aventura de librepensador en otras fórmulas culturalistas. No asume el teatro si no es con la complicidad de su hermano Manuel con la cual elude su directa responsabilidad en una dedicación que en el fondo considera más lúdica y adjetiva. Su manera de pensar queda implícita en su obra pero expresa en sus heterónimos. También constituye una fórmula de timidez hasta cierto punto catartizada en la creación de “Barnabooth”, ficción literaria de Valéry Larbaud que Octavio Paz nos descubre como *el primer heterónimo* en la literatura del siglo XX. (Se refiere a las “Obras de A.O. Barnabooth” en la traducción mexicana de Ulalume González de León). Ni los heterónimos de Valéry Larbaud ni de Fernando Pessoa tienen concomitancia con las diversificaciones de personalidad de Machado en sus alteridades. Hay algo que no elude y que contrariamente asume con entera responsabilidad pese a su carga, casi patética, de timidez. Ese algo es su manera de ser. En ella nos ofrece el ejemplo insobornable de su valor humano y, en cuanto al sentido de su obra poética, nos da lo que ella contiene de asombrosa sinceridad. En esa obra en cuya lección nos reconocemos y nos sentimos interpretados, es donde Antonio Machado alcanza la *intemporalidad* que poetas con mayor carga intelectual e incluso lírica, nunca obtuvieron al no calar de una manera tan medular y profunda en la raíz popular.

Esa *intemporalidad* indiscutible es la que evita, o por lo menos recorta, su *universalidad*. En la figura de Lorca se conciliaron ambos conceptos cuando, por razones extraliterarias, el poeta granadino llega a mitificarse históricamente. Juan Ramón logró su universalismo a través de la depuración sistemática de su poesía. Su esquematismo le convierte en el poeta español más fácilmente traducible y, por lo tanto, más fácil de entender fuera de su contexto original.

La poesía de Antonio Machado se concentra en las ideas. No reacciona sin embargo ante las cosas como Juan Ramón Jiménez, eterno enamorado de una belleza que solía encontrar en las cosas breves y sencillas. Esa inclinación pudo determinar su *tempo* poético. El *tempo* de Antonio Machado parte de un *acicate* casi siempre *ideal*. En este sentido le encontramos en una concomitancia más próxima a Miguel de Unamuno. Lo evidencia su debilidad por la semántica y su afán de rastrear la procedencia castiza de giros y vocablos castellanos y los valores misteriosos e ignotos que ambos atribuyen a las etimologías. En sus anotaciones de “Los Complementarios” encontramos numerosas muestras¹. Anota Machado: “Zahareño=Zara= desierto en árabe. Es palabra de gran belleza y fuerza expresiva”. Es aquí, donde el lenguaje revela, en sólo una palabra, la condición humana. *Zara* —palabra eufónica y tersa— que determina sensación de hosquedad (arena, soledad, muerte).

La forma constituye un principio insobornable para la educación poética de Antonio Machado. Bastaría con acotar los distintos *asombros* que aparecen en las citadas notas de “Los Complementarios”. Y resulta curiosa su admiración por la estética renacentista. Lamenta sin embargo, la erosión funcional del Soneto cuya estructura juzga inadecuada a su tiempo². Dice de esta composición métrica: “Queda sólo su esqueleto, demasiado sólido y pesado, para la forma lírica actual”. (¿Se apoyó en estas teorías quizá apresuradas para su estudio sobre la lírica en el cual basaría su malogrado discurso de ingreso en la Real Academia?). Como ejemplo de “bellísimos” sonetos en lengua castellana cita los de su hermano Manuel. Lo son en efecto y prueban holgadamente que el equilibrio de esta composición permanece inmarcesible. Desdeña los sonetos de Rubén pero ensalza los de Lope, Góngora y Ronsard, para terminar con esta frase lapidaria: “después del soneto de Góngora y alguno de Calderón, no hay más sonetos en castellano que los de Manuel Machado”.

La referencia a la posible inadecuación de la métrica del soneto, descubre una vez más la intemporalidad de sus ideas esta vez referidas a la pura morfología del poema.

Sin embargo ese equilibrio pendular de espacio y ritmo como sístole/diástole en el ánimo del verso, es la base razonable de la intemporalidad de Antonio Machado que parte de su propia concepción filosófica.

Ese pendularismo que Antonio Machado advierte en Bergson, recorre el palpito de su conciencia temporal. El espacio es el alma —en su concepto filosófico— y el tiempo es la sucesiva y recurrente crisis de la existencia, el cordón medular que vertebrata la envergadura de la realidad. En expresión matemática, la muerte es para el Hombre su propia *solución de continuidad*.

La obra poética de Antonio Machado, en una traducción libre, podría aparecer cargada de resonancias y con escaso vuelo en su propuesta lírica. En una traducción literal ajustada a metro y ritmo, su texto quedaría totalmente desvirtuado, traicionado y por supuesto, diluida su contextura trascendentalista.

Empleo el término “lección” —que acuña en el título de un riguroso estudio machadiano Leopoldo de Luis³— porque me parece un hallazgo en el caso concreto de don Antonio. Me repugna el vocablo *mensaje* prácticamente arruinado por su frecuente y desafortunado empleo.

Esa *lección* que nos procura la vida y la obra del poeta sevillano, es la clave de su *intemporalidad*. Oreste Macrí sitúa a Machado en el novecientos pero considerándole “un poeta eterno”, es decir, *intemporal*.

Y sin embargo se producen paradojas en la apreciación de este concepto que no quiero silenciar dentro de los términos de necesaria síntesis que exige la presente comunicación. La aparición del krausismo en España como fenómeno cultural, revierte en la creación de la Institución Libre de Enseñanza. Sanz del Río introduce las teorías de Krause en la Universidad de Madrid en el año 1854. Se ha superado el positivismo y se hace necesario instaurar un estado de conciencia que defina a la humanidad como objetivo básico de una ética ideológica. La formación laica de la intelectualidad española necesita unos referentes que sirvan para depurar un *estado de conciencia*. La doctrina panteísta de Krause⁴ viene como anillo al dedo a los objetores del nihilismo absoluto que ahora desdeñan el positivismo de Kant. Bajo este signo nace la Institución Libre de Enseñanza y en ella van a for-

marse los hombres más preclaros del 98. Clarín, Galdós, Unamuno van a encontrar la salida de su espiritualidad inconformista. Unamuno partirá de Kirkegaard pero el existencialismo no termina de justificar las relaciones del hombre con la divinidad, a no ser que Dios contenga la totalidad del mundo sin que el mundo haya de referirse a la divinidad. Primera paradoja: Krause ha periclitado pero sus consecuencias moralistas —Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Salmerón, Cossío, Llorens, etc...— van a hacer que Antonio Machado encuentre refugio en sí mismo y desemboque en un eclecticismo que el poeta perfecciona de manera admirable en su “Retrato lírico”⁵. La paradoja del krausismo —considerado hoy como fenómeno temporal y regresivo— provoca la Institución Libre de Enseñanza y ésta, a su vez, la deserción de una cultura viciada por la seudointerpretación de la Historia que era la consecuencia de nuestro decadentismo. Ese ansia de regeneración histórica informa el pensamiento y la obra de Antonio Machado. Por eso su nombre se recupera en la hora presente como un exponente intemporal de libertad y como un ejemplo de conciencia social y política.

Manuel Machado no asimila el institucionalismo. Acepta la España tópica y la canta con donaire y con pulcro y castizo lenguaje. Se queda con la estética de las formas y el tradicionalismo lírico folklórico, quizá por una especie de inducción ancestral que emana de su padre. Es la misma tentación que sufre García Lorca en su afición a las coplas populares y en su afán de recuperar las raíces del cante jondo, pero la personalidad del poeta granadino es más profunda e innovadora. Antonio Machado ha renunciado de antemano a entender Andalucía por el camino de su tratamiento somático, o por la posible seducción de su pintoresquismo. Su educación institucionalista le condiciona a una interpretación social del pueblo andaluz. Todos los registros de su lírica implican una gravedad de concepto y alcanzan una cierta resonancia patética.

Esa conciencia social de la que Manuel no participa, está presente en Unamuno y en general en la conciencia del 98. Unamuno respira por Kirkegaard partiendo de un agnosticismo que se convierte en devoción a su propia personalidad. Encuentra a Dios en su misma tesitura crítica.

2. Genio, proyección, dimensionalidad

Su admiración por Bergson, proviene de la supremacía de la institución sobre el racionalismo. Se constata en el rastreo de “Los Complementarios”. Eso explica en cierto modo la carga *temporal* de su poesía. El tiempo es el denominador común en la obra poética de Machado de la misma manera que la clave lírica de la obra de Federico García Lorca, es el sentido trágico de la Muerte.

Antonio Machado no escribe para la posteridad sino por propia satisfacción. Esquematiza sus planteamientos perfilando la obra en su taller (“Los Complementarios”) y luego atribuye sus ideas a entes de ficción sobre los que el poeta ejerce su diversificación intelectual (*Abel Martín y Juan de Mairena*).

Antonio Machado, andaluz sentimental, apuesta por la vida un punto enamorado y un punto comprometido. Luego se resigna y *pierde* con hidalguía y con honor. Su gesto y su postura son clásicos, es decir *intemporales*.

Ayuda a conocer la densidad intelectual de Antonio Machado el ámbito de sus admiraciones. Su Unamuno paladeado desde Baeza, su Jorge Manrique recordado bajo el influjo de sus solitarias depresiones, recitado en alta voz con cierta propensión al enfatismo adquirido en sus incursiones de actor en la Compañía Guerrero-Mendoza con la que llegó a intervenir como partiquino. Desde esa magnitud temporal que tanto ha determinado su modo de hacer, fue acomodando su visión y entendiendo la palabra como algo que necesita crecer en la armonía de dos eternas magnitudes: el tiempo en el que aflora y el espacio en el que se proyecta. Bergson, que había sido capaz de definir la expresión literaria y poética después de haber estudiado a los simbolistas como ímpetus vitales que determinan a la razón, aprendió que el espacio y el tiempo eran la verdadera heredad de su poesía.

3. Acotaciones al pasado centenario de su nacimiento

Se espera que en las Actas de este Congreso se puedan suplir los vacíos que no pudieron cubrirse en la conmemoración del centenario de su nacimiento incorporando, por supuesto, la relación e influencia que representó en su vida y en su obra su hermano Manuel.

Las comisiones de los centenarios se organizan para llevar a cabo una labor que, de una manera o de otra, se frustra y a menudo todo viene a quedarse en buenos propósitos, en intenciones diferidas. Hemos leído algunos trabajos circunstanciales, en Tuñón de Lara⁶, Julio Rodríguez Puértolas⁷, y José Antonio Gabriel y Galán⁸; el primero de ellos cala en su circunstancia temporal como buen biógrafo que es del poeta de “Las soledades”; el segundo ausculta el drama de España con objetiva corrección y el tercero pone el dedo en la llaga cuando se formula la pregunta de si es posible rescatar al poeta Antonio Machado al cabo de treinta y seis años. A esa pregunta cabe responder, a mi juicio, con el objetivo de la presente comunicación. Es decir, defendiendo su *intemporalidad*. María Dolores de Asís⁹, trataba de comunicarnos las voces de Antonio Machado partiendo de su intimidad y terminando en su tragedia. Juan Rejano¹⁰ nos ofreció un delicioso artículo anecdótico, vivaz y emocionado. Con él fuimos siguiendo sus últimos momentos, los más difíciles, los más determinadores de su recia estirpe totalizadora de hidalgo que subsume todo su saber y toda su andadura aceptando la muerte sin un gesto. Aurora de Albornoz¹¹, publicó una espléndida cronología estableciendo, además, unas calas decisivas a través de las cuales el esquema machadiano resulta nítido y aleccionador. Rosendo Roig¹² dijo algo que me llamó profundamente la atención: “*Campos de Castilla* es la versión de Antonio Machado de la España Negra. Es un aguafuerte solanesco. Conecta con Goya, con Quevedo, con Velázquez, con Gracián. Es la España eterna. Es España. La España que Machado quería ayudar a renacer, para la que esperaba una renovación. Machado describió la España Negra desde Soria. Desde Madrid, su Universidad, la República de las Letras, el mundo de la política, la esfera clerical, también habría descrito dolidamente otros *Campos de España* muy similares a los de Castilla.”

Esto que dice Roig resulta inquietador en muchos aspectos, porque coloca a Machado como un ángulo vectorial de la coyuntura histórica entre las referencias

más definidorias de nuestra idiosincrasia. Efectivamente Machado es el hombre más sustancial y más sincero en los aledaños del 98, porque ni siquiera se adscribe a su programa estético ni acepta enteramente las teorías especulativas denunciadoras de la trágica solución de continuidad que representó el desastre español ante la pérdida de las Colonias. Es cierta, la afirmación de que Goya está presente en el aguafuerte condenatorio de los “Campos de Castilla”, en esa admonición a todos aquellos que “desprecian cuanto ignoran”¹³.

Don Antonio, en el hondón de su tumba, se habrá sentido satisfecho de no haber desvelado conciencias culturales. Detestaba los protagonismos tanto como las diligencias administrativas. Era tan simple y “tan corto” que no cobraba las “permanencias” porque —como él mismo afirmaba— no quería “chinchorrar”.

4. Valor consecuencial de los días de París

La experiencia de Antonio Machado en París tiene para su obra una proyección humanista del mismo modo que para su hermano Manuel supone la asimilación de un cierto decadentismo.

5. Aproximación urgente a su mentalidad clasicista

Claridad de concepto, fidelidad a la tradición clásica pero renovadora dentro de tales estructuras con una reposada actitud filosófica; condenatorio de las nuevas corrientes y fiel y receptivo hacia los valores consagrados. No es un poeta del Romanticismo como asegura Octavio Paz ni tampoco un innovador que desborde los cauces de la tradición, su formación institucionista y su manera de sentir a España servirán para entender su nombre inscrito en la generación del noventa y ocho con un preclaro destino de *intemporalidad*.

NOTAS

1. *Los Complementarios* (Ed. Domingo Ynduráin); Taurus Ediciones, 1971. Tomo II transcripción del texto original, p. 63.
2. *Ibíd.*, p. 17.
3. "Antonio Machado, ejemplo y lección"; Madrid: S.G.E.L., Col., Clásicos y Modernos, 1975, ed. posterior Fundación Banco Exterior (col. Investigaciones), Madrid, 1988.
4. "Ideal de la humanidad para la vida" (Traducción de Julián Sanz del Río); Madrid, 1854.
5. *Campos de Castilla*, poema "Retrato", Madrid: Ed. Renacimiento, 1912.
6. Manuel TUNÓN DE LARA: "Antonio Machado, hombre de su tiempo"; en *Europeo*, Madrid, 1-3-1975.
7. Julio RODRIGUEZ PUERTOLAS: "Machado: bondad y drama de España"; en *Europeo*, Madrid, 1-3-1975.
8. José Antonio GABRIEL Y GALAN: "La segunda vida de Antonio Machado"; en *Europeo*, Madrid 1-3-1975.
9. María Dolores de ASIS: "Las voces de Antonio Machado"; en *Diario "Ya"*, Madrid, 9-3-1975.
10. Juan REJANO: "Antonio Machado: última imagen"; en *Semanario Triunfo*, núm. 654, Madrid, 12-4-1975.
11. Aurora de ALBORNOZ: "Antonio Machado: homenaje"; en *Semanario Triunfo*, núm. 654, Madrid, 12-4-1975.
12. Rosendo ROIG: "El español integral en cuatro tiempos"; en *Revista Razón y Fe*, núm. 927 (pp. 333-334), Madrid, 1975.
13. *Campos de Castilla*, op. cit.